



AÑO I.

Valencia 30 Marzo 1867.

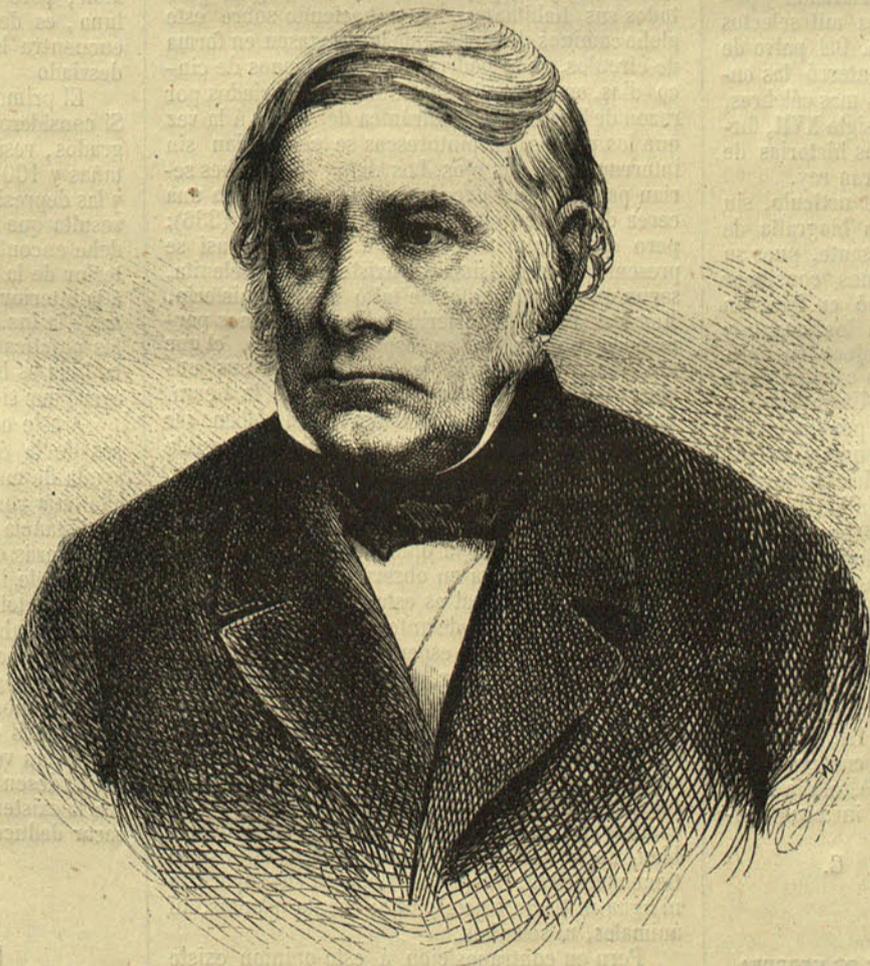
NÚM. 6.

Victor Cousin.

La Francia ha perdido este año uno de sus escritores mas brillantes y elevados; y nosotros, que rendimos preferente culto á la inteligencia, nos congratulamos en consignar hoy en esta galería de celebridades su grato recuerdo.

Victor Cousin ha sido uno de los mas influyentes gefes de la escuela liberal en Francia durante un largo período de treinta ó cuarenta años, desde la caída de Napoleon I hasta el entronizamiento de Napoleon III; y aunque no figuró en la línea militante de la política activa, contribuyó con sus doctrinas filosóficas á sostener é ilustrar la monarquía constitucional de Luis XVIII, despues de la restauracion, y la de Luis Felipe, despues de la revolucion liberal de 1830. Juntamente con Guizot, el célebre publicista é historiador, y Villemain, el árbitro del gusto literario, se esforzó con entusiasmo celo en educar la juventud francesa para un porvenir que se apartase igualmente del fanatismo religioso, y del sórdido materialismo del siglo XVIII, creando la celebrada escuela del Doctrinarismo.

Los doctrinarios hubiesen alcanzado triunfo mas verdadero, si hubieran atendido á las necesidades y consultado los sentimientos de las clases trabajadoras, procurando, como los liberales ingleses, por medio de intituciones industriales y sociedades para el fomento y diffusion de conocimientos útiles, mejorar la condicion social del pueblo. Pero en vez de dirigirse á este resultado, se esforzaron en crear una aristocracia de inteligencia y de cultura, y consiguieron formar una brillante pleyada de profesores, filósofos, juristas, escritores didácticos y científicos,



Victor Cousin.

cos, cuyo ascendiente brilló algun tiempo, pero fue violentamente destruido por las turbas populares en 1848. A pesar de esta imprevision, son merecedores de encomio los hombres ilustres que, como Victor Cousin, se esforzaron en conciliar los principios de libertad y de orden, los de religion y moralidad con el libre desarrollo de la inteligencia humana.

Los estudios filosóficos fueron el campo en el que Cousin contribuyó mas á este generoso propósito. Discipulo y sucesor de Royer-Collard, llegó á ser el fundador y gefe de lo que se llamó Filosofia ecléctica. No puede considerarse como profundo y original pensador; no inventó nuevas doctrinas; examinó, compiló, criticó discretamente y concilió en gran parte ideas sostenidas por escuelas distintas y aun opuestas, buscando la parte de la verdad que cada una contiene, para iormar con estos fragmentos dispersos su sistema filosófico. En esta investigacion critica estaba animado del propósito que hemos indicado: restaurar la doctrina espiritualista sobre las ruinas de las ideas materialistas del siglo anterior. En este sentido, sino vigoroso filósofo, fue elocuentísimo preconizador de todo lo que hay de mas noble y elevado en la humana naturaleza, y esta tendencia moralizadora y espiritualizadora de sus doctrinas, es la que le hace mas merecedor al aprecio de su siglo y de la posteridad.

Un perfecto sumario de sus convicciones en las bases fundamentales de su filosofía está encerrado en un libro de pocas páginas, la obra mas acabada é importante de nuestro escritor. Es el resultado y la condensacion de sus lecciones en la Sorbona de 1815 á 1821, y se titula: *De lo Verdadero, de lo Bello y de lo Bueno*. Pocos libros de nuestro siglo contienen en menor espacio tantas nobles ideas y sólidos argumentos, coordinados con admirable método, y frecuentemente animados por el fuego de una elocuencia poderosa, dirigido todo ello á expresar la generosa inspiracion de una fe racional.

El asunto de este libro es buscar en la inteligencia humana el modo cómo se forma la idea de Verdad, de Belleza y de Bien, que Cousin presenta como diversas cualidades del Sér Supremo. Este procedimiento no es nuevo, y nuestro autor no hizo más que renovar y popularizar en este punto las doctrinas platónicas, que también San Agustín, Descartes, Leibnitz y Bossuet habían comentado y aplicado, describiendo las ideas de lo verdadero, lo bello y lo bueno en absoluto, como una precognición de los infinitos y perfectos atributos de la Divinidad, los cuales suponen y prueban su existencia.

Del conocimiento fundamental de esas ideas de verdad, belleza y bondad, deduce además Victor Cousin una serie de principios secundarios, especulativos unos, prácticos otros, relativos á la investigación de la verdad en materias científicas, á la concepción y creación de la belleza en la naturaleza y el arte, y la observación de la bondad moral en los deberes de cada uno, como asimismo la garantía de sus leyes por medio de la autoridad. De este modo recorre gran número de temas interesantes á la humanidad, relacionándolos entre sí por medio de un lógico sistema.

Para la formación de esta filosofía, Cousin tomó las doctrinas más aceptables de cada escuela; pero á quienes más siguió es á los filósofos escoceses, y especialmente al Dr. Reid, á cuya teoría añadió algunas ideas del célebre Kant, aceptando la doctrina de este en atribuir á la razón la facultad de percibir directamente las verdades absolutas y necesarias.

Estas ideas, que tanta voga adquirieron hace cuarenta años y que colocaron á su discreto compilador al frente del movimiento intelectual de la Francia, fueron después miradas con desdén, y el ilustre Cousin se apartó de este movimiento, consagrando sus últimos años á agradables pasatiempos literarios, que podemos tachar de algún tanto pueriles. Le entró el gusto de la erudición y pasaba la vida contemplando los diez mil selectos volúmenes reunidos en su biblioteca. Del polvo de los libros y memorias añejas, desenterró las encantadoras imágenes de las mujeres más célebres, más amables y más hermosas del siglo XVII, formando una curiosa galería con las historias de aquellas cortesanas de los días del gran rey.

Pero estamos concluyendo este artículo, sin haber dado un solo dato sobre la biografía de Cousin, la cual, aunque poco interesante, pues su vida tuvo escasas peripecias, debemos consignar en estos apuntes necrológicos. Nació en París en 1792, de modo que ha muerto á los setenta y cinco años. Hijo de un humilde relojero, su aplicación y su talento le elevaron á la cátedra de la Historia de la Filosofía moderna en la Universidad en donde se dió bien pronto á conocer por sus aplaudidas lecciones. Todos los honores que el talento puede adquirir, le fueron concedidos durante la Restauración y la monarquía de Julio. Director primero de la Escuela Normal, miembro después del consejo de Instrucción pública, individuo de la Academia de Ciencias políticas y morales, y del Instituto francés, ascendió en 1841 al ministerio de Instrucción pública, en el gabinete liberal de M. Tiers. Solo desempeñó ocho meses aquel cargo, pasando después al consejo de Estado y á la Cámara de los Pares. Pero desde la revolución de 1848 y el advenimiento de Napoleón III, permaneció apartado del mundo oficial, y encerrado en un laborioso retiro, hasta que murió, el día 13 de Enero, en Cannes, donde pasaba el invierno buscando alivio á su delicada salud.

C.

A MI QUERIDO AMIGO EL SR. MARQUÉS DE HERRERA
en uno de sus aplaudidos convites.

SONETO.

Ni el salmón de Cantabria purpurino,
Ni el faisán pardo del germano presa,
Que á ser gala y deleite de tu mesa
Del Rin al Túrta apresurado vino;
Ni el de profuso aroma y cristalino
Tokay que los sentidos embelesa,
Ni la trufa olorosa entre la gruesa
Pechuga ingerta en modo peregrino;

Nada es más grato, nada más sabroso,
Que oírte esas historias do campea
Tu claro ingenio y tu decir gracioso.
Platicando contigo mano á mano,
Al amor de la alegre chimenea,
Entre el humo del Moka y el habano.

J. Nuñez de Prado.

¿ES HABITABLE LA LUNA?

Este astro tiene 860 leguas de diámetro, 2,700 de circunferencia, y está situado á noventa mil leguas de nosotros; es opaco, recibe la luz que refleja del sol y de otros astros, y no tiene otra función que la de iluminar nuestras noches de una manera muy imperfecta, como dice M. Laplace. El conjunto de estas circunstancias, ¿no encierra una idea que solo la evidencia de los hechos puede obligar á admitir? ¿No es desagradable que el bello espectáculo de la luna sea efecto de un cuerpo sin vida, de un verdadero cadáver?

¿No sería para un habitante de la luna un cuadro magnífico y encantador el que presenta la tierra, como suspendida del zénit, ofreciéndole un diámetro tres veces más grande que el diámetro aparente de su astro, despidiendo una luz trece veces más fuerte que esta, girando sobre sí misma con una velocidad de más seis leguas por minuto, y mostrando cada 24 horas todas sus fases al observador selenita, que, provisto de un telescopio, puede distinguir con comodidad nuestros continentes, mares, montañas, los hielos de los polos, desiertos, bosques, ciudades y aun las evoluciones de nuestras armadas?

Es cierto que la luna nos presenta siempre la misma faz, y la percepción no sería igual para todos sus habitantes; pero haciendo sobre este globo caminos de hierro que le abrazasen en forma de círculos, se le podría rodear en menos de cinco días, encontrando los climas más variados por razón de la naturaleza volcánica del suelo, á la vez que los puntos más pintorescos se sucederían sin interrupción á sus ojos. Los días y las noches serían para ellos un poco largas, teniendo cada una cerca de catorce veces veinte y cuatro horas (336): pero esta duración sería relativa, y aun así se presentaría variadísima la existencia del selenita, según que tuviera enfrente tal ó cual hemisferio. Mientras que el hemisferio en que habitamos permanece sumergido en espesas tinieblas, el que nos mira ve disipada la oscuridad de sus noches por la espléndida iluminación de la tierra. Las transiciones de la temperatura deben ser bruscas en la luna; ¿pero cómo es posible resignarse á creer inhabitable una morada que, según algunos, debía ser la casa de campo del género humano?

Es evidente que la opinión de que la luna es inhabitable se apoya en observaciones atendibles, de las que la principal es esta:

La luna pasa por delante de una estrella y la oculta á nuestra vista; esperamos á que el astro brillante vuelva á aparecer, y notamos que los rayos que nos envía pasan muy cerca del satélite. Si este tiene una atmósfera, los rayos son al atravesarla desviados de su dirección, ó como se dice técnicamente, *refractados*. Si la luna no tiene atmósfera, la luz que la estrella despide continuará su camino en línea recta y no habrá *refracción*. Pues bien, no se observa refracción; luego la luna no tiene atmósfera; luego no tiene en su superficie ni agua ni tierra vegetal, ni alimenta plantas, ni animales, ni selenitas.

Pero en contraposición á esta opinión existe un sabio italiano, M. Poppolio de Cuppis, que por medio de un excelente telescopio ha estudiado con exactitud la luna, que ha hecho numerosos viajes y que ha reunido materiales curiosísimos sobre la *selenografía*, que es para la luna lo que la geografía para la tierra. Este sabio declara haber visto la atmósfera de la luna, y ha demostrado con pruebas la refracción de los rayos estelares cuando pasan al rape con el borde de este astro; y sin embargo, no se han atrevido á contradecirle, antes muchos aceptan su teoría.

Nadie ignora que, según los que se dedican á la astronomía, nosotros conocemos mejor la superficie de la luna que un gran número de regiones terrestres. Se han descrito con una precisión

admirable sus llanuras, sus valles, sus depresiones profundas, sus mares, sus montañas y sus prodigiosos cráteres, que Kepler tomaba por murallas fortificadas; se les ha dado nombre, y aun se ha hecho más, se ha medido con toda exactitud la altura de estas montañas, habiendo obtenido W. Herschell resultados que causan la mayor sorpresa.

Sobre este globo, cuyo diámetro apenas llega á la cuarta parte del de la tierra, hay montañas que pueden competir en altura con las que conocemos aquí bajo. Tales son las siguientes: *Dorpeel*, cuya altura es de 7,603 metros; — *Newton*, 7,264; — *Casatus*, 6,956; — *Curtius*, 6,769.

Más en esto hay un contraste muy notable. La luna, tan rica en montañas gigantescas, tiene, según Poppolio de Cuppis, una atmósfera de una pequeñez extrema, causa principal de la discordancia del astrónomo italiano y de sus predecesores.

La altura de la atmósfera terrestre no es perfectamente conocida; pero se la supone generalmente de 12 á 15 leguas, mientras que la de la luna está entre los 430 y 580 metros. La atmósfera terrestre está muchas leguas por encima de las montañas, y la atmósfera lunar por el contrario, está dominada por las montañas de este globo, formando islas escarpadas á flor de este océano aéreo.

Por extraño que esto parezca, no tiene nada de imposible; sería en este caso la contraposición del pequeño planeta Pallas, cuyo diámetro es de 32 leguas, y su atmósfera mide más de 800 kilómetros de altura.

No es solo Poppolio el que nos ha hablado de la atmósfera de la luna; también Arago hace mención de ella en su *Anuario*.

Las contradicciones que hay sobre este punto se explican fácilmente. Si el rayo pasa tocando á la cima de las montañas, el rayo no recibe inflexión; pero si pasa cerca del nivel general de la luna, es decir á menos de 400 ó 500 metros y encuentra la atmósfera y la atraviesa, el rayo es desviado.

El primero de estos casos es el más frecuente. Si consideramos dividida la luna en 360 partes ó grados, resulta que 251 están ocupados por montañas y 109 solamente por las llanuras, los valles y las depresiones más ó menos profundas. De aquí resulta que el rayo que toca al borde de la luna debe encontrar más frecuentemente á la parte exterior de la atmósfera ó sea á las montañas, que á la interior, que es en todo caso donde se *refractaría* la luz. Si los nuevos experimentos confirman los practicados por Cuppis, está demostrado que la luna es habitable, y en ese caso solo restaba averiguar si en realidad estaba ó no habitada.

A este objeto se puede contar con los progresos de la óptica. M. Quetelet ha dicho que con ayuda de mejores instrumentos se puede observar á la luna como si solo estuviera á algunas leguas de distancia, y M. Babinet ha añadido que tenía esperanzas de poder ver á la luna como se ven los campos de la Suiza desde lo alto de los Alpes. El poderoso telescopio, con el cual ha hecho Rosse tan admirables descubrimientos en la astronomía estelar, que ha costado 300,000 francos y pesa 15,000 kilogramos, está llamado á hacer grandes innovaciones en la astronomía lunar. Entonces tendríamos que, así como sin la atmósfera no hay tierra vegetal ni plantas ni animales, así también, descubierta patentemente y confirmada que sea la existencia de la atmósfera lunar, se pueden sacar deducciones en sentido opuesto.

S.

LA MADRUGADA.

I.

Ha habido muchos poetas, y entre ellos lord Byron, que han ensalzado la hora del crepúsculo; ese momento del día en que la luz desaparece, se debilita, y poco á poco se estingue. La han llamado hora de amor, de recuerdos, de esperanza.

Han creído ver en el último rayo del sol, que se desliza en el cielo, el emblema de un bien lejano, pero que llegará; esa esperanza cristiana, cuyo logro causa nuestro continuo anhelo.

¿A qué continuar? Todos mis lectores han visto la puesta del sol; todos han leído ese poema que

escribe el Señor en la mitad del firmamento, tiñendo nuestros pensamientos de un sombrío colorido que encanta.

Las brisas de la tarde, las nubes de los cielos, todo replega nuestra alma en un éxtasis adorable, en una contemplación de lo infinito.

II.

Pero lo que vosotros no habeis visto, ó por lo menos muchos de vosotros, ó lectores, es la hora de la madrugada; ese momento en que la naturaleza despierta de su letargo, llamando cariñosa al hombre al cumplimiento de sus obligaciones.

La blanca luna vacila todavía en el firmamento; su último rayo brilla como la lágrima de un niño; todo es quietud, reposo, calma; todavía el alma puede consagrarse al amor, soñar un instante, soñar en aquella muger, centro de perfecciones, que idealizó nuestra exaltada fantasía y purificó el ambiente de nuestra inocencia.

¡Todo es quietud y reposo, calma! Pero la indecisa claridad del día ya asoma por los cielos en lontananza.

El globo de la luna ha perdido su brillantéz; el ruiseñor ha cesado de entonar sus quejas; solo de vez en cuando se oye un ténue gemido que se pierde en la inmensidad del espacio.

Una niebla fría parece que haya descendido del firmamento; niebla que en su seno envuelve gérmenes de fragancia y perfumes vivificantes.

Esta es la madrugada, la hora poética, sublime, incomparable.

Todavía en silencio; la naturaleza se despierta lentamente; la paz, calma y quietud desaparecen.

Esta es la hora en que el amante, al pie de una reja, se despide de su amada; profiere el último juramento, cruza la última mirada.

Esta es la hora del sueño reparador, en que el artista concibe las mas bellas creaciones, vé la armonía y los medios para alcanzarla.

La hora en que todavía se oye una serenata que muy en breve cesará.

La hora que tanto debieron adorar Miguel Angel, Murillo y otros grandes pintores; pues sus imágenes no son mas que un vago reflejo de ese cielo azul, limpio de nubes, de esa luz que se enciende tras de los montes.

Esta es la hora en que el arrepentimiento abre sus alas.

La hora de Rossini, el autor de *Las Madrugadas*; esa composición que esparce la alegría en nuestro corazón, y las últimas lágrimas de dolor en nuestras mejillas.

III.

En esta hora parece como que haya un génio benéfico que difunde suaves pensamientos, máximas consoladoras; poeta eminente que habla con sonrisas, con halagos, con lágrimas que brillan lejanamente con una ternura indecible.

Escoge por morada el pecho del enamorado, de la tierna esposa, del infeliz jornalero que ya se dispone al trabajo para procurar á sus hijos un pan bañado con el sudor de su rostro.

Al pobre, le dice: «ten fe, trabaja, esta vida es muy corta; tras ella hay un cielo, foco donde convergen tus esperanzas.»

A la esposa, le dice: «ama á tus hijos y á tu esposo; á tus hijos, porque ellos son la obra perfecta de tu amor sobre la tierra; á tu esposo, porque él es tu señor; carne de tu carne y hueso de tus huesos.»

Al pobre enamorado: «¡dichoso tú que amas! ¡Dichoso tú en cuyo pecho todavía se anidan los sentimientos de la juventud, que son la vida del alma! ¡Dichoso tú que profesas la verdadera religión, el amor!»

IV.

Pero la hora de la madrugada va á desaparecer; la blanca luna brilla imperceptiblemente en el horizonte, y los rumores del nuevo día ya despiertan á la humanidad.

¡Ah! meditemos un instante, antes que el encanto celestial que nos subyuga haya desaparecido.

La hora del crepúsculo es el principio de un poema rico en cantos, en sentimientos, en bellezas; pero la hora de la madrugada es su conclusión, su desenlace: por eso me parece mas bella.

La hora del crepúsculo atrae recuerdos indefinibles: la familia, el primer amor, una tumba escondida en un bosque, en cuyo seno descansan las cenizas de una madre querida, una casita

blanca oculta entre nogales, donde se deslizaron los primeros días de nuestra infancia; la hora de la madrugada, el resúmen de nuestra existencia, el pasado y el porvenir, la meditación filosófica y sentimental de los hechos, en virtud de lo cual descubrimos el mas allá que nos enseña la religión de los cristianos.

La hora del crepúsculo es triste, severa, melancólica; la frente se oscurece, la mirada se enturbia, el corazón late con violencia, como temeroso del misterio que le circunda, y no sabe desentrañar; pero la hora de la madrugada es el desenlace de todas estas dudas, de todos estos misterios y vacilaciones.

¡Ah! la lágrima del arrepentimiento nunca brilla tan serena como en estos momentos en que el hombre parece que lucha en su interior, lo mismo que la luz contra las nebulosidades de la noche.

¡Ah! ¡cuántos que han visto pasar la noche presa de la agitación, de la incertidumbre y del remordimiento, en este momento han desahogado sus penas, han visto desvanecerse las sombras que laceraban su corazón!

V.

Mis ojos ya descubren un objeto real; en el margen de un camino se detienen dos personas; son un hombre y una muger; ambos son jóvenes; ella ostenta en su semblante la sonrisa de la primavera; sus ojos brillan con la luz de la ilusión; él respira satisfecho, tranquilo, alegre. ¿Qué los conduce á aquellos sitios? Con las manos entrelazadas se miran con cariño, con ternura, con arrobamiento. ¿Qué se dirán? Un rayo de sol hiere suavemente sus rostros; en este momento un beso resuena en el aire, que las auras envuelven en sus perfumes, en sus aromas cargados de rosa.

Poco despues ambos esposos se han separado; él con la frente elevada al cielo, cantando un aire popular se dirige á sus faenas; ella con la mirada rehusando amor y agradecimiento, al través de graciosas sendas llega á la ciudad, modulando una oración á María, que le han inspirado las altas virtudes de su corazón.

La hora de la madrugada ha terminado; ¡ya es de día!

Francisco Calvo y Rodriguez.

SONETO.

A J.

Viví y amé: tras del cendal de grana

Vi la aurora radiando en el oriente;

Vi deslizarse la tranquila fuente,

Y ví la luz de celestial mañana.

Vi la encendida rosa, que engalana

El ameno pensil, y ví riente

El sol reverberando refulgente,

En la arboleda de verdor temprana.

Vi la luna: pintados ruiseñores

Sentí en las selvas entonar su canto,

Respiré los perfumes de las flores.

Y entre dichas gocé plácido encanto.

Mas se acercó la noche en sus rigores,

Y á tan largo gozar sucedió el llanto.

Dámaso Delgado Lopez.

EL HOMBRE MAS RICO DEL MUNDO.

Hace poco preguntaba un periódico: ¿Cuál es el hombre mas rico del mundo? La reflexion que inspira una pregunta de esta especie, ocurre siempre á un pobre ó en una época de poco dinero como la presente. Compadeceamos al periodista.

Desde entonces se ha ocupado la prensa con repetición de la riqueza de pueblos y de personas, hasta que nuestro colega *La Correspondencia*, con

la piadosa y loable intencion de consolar al triste, publicó un suelto de los mas largos que acostumbra, encaminando á tachar de exageradas las narraciones acerca de las fabulosas riquezas que existen en la Gran-Bretaña.

Dios se lo pague á la hermana por el consuelo; pero sus palabras no impiden que, segun los datos del *Income-tax* (contribucion sobre la renta) del último año, el haber total de los habitantes de Lóndres si se repartiese por igual entre todos ellos, produciria á cada uno, desde el mas chico al mas grande, un mediano pasar de 75,000 rs. anuales de beneficio.

Dejemos ya la digresion, para oír lo que otro periódico estranero ha contestado estos días al que hizo la pregunta con que hemos comenzado:

«El hombre mas rico del mundo, dice, es necesario ir á buscarlo al continente americano. Se llama Alejandro Stewart, y es comerciante en sederias. Su fortuna asciende á 4.071,000 dollards de renta, ó sea de 81.400.000 rs.»

Es, en efecto, improbable (esceptuando los Rostchild, cuya riqueza constituye mas bien una fortuna de familia que una fortuna individual) que se encuentre sobre la superficie del globo un simple particular poseedor de semejante renta anual.

Despues de Stewart, de Nueva-Yorck, el hombre mas rico de los Estados-Unidos es M. Benjamin Astor, que posee un beneficio anual de 12 millones de francos; pudiéndose citar únicamente allende de los mares otras dos fortunas semejantes, que existen en la América del Sur.

De los ricos de segunda clase hay, como es natural, muchos mas ejemplares y se cuentan hasta un millar de individuos entre Europa y América que gozan de cinco millones de reales de renta en adelante, y entre ellos hasta algunos, aunque pocos, españoles.

Volviendo á Stewart, diremos que, fiel á su almacén de sederias, sabe no obstante en ocasiones usar noblemente de sus inmensas riquezas. Al principio de la guerra americana, como hiciesen circular una lista de suscripción para costear la organizacion de regimientos de voluntarios, M. Stewart fué uno de los primeros en poner su nombre, al que añadió estas palabras:

«Vale por un millon de duros, pagaderos en mi caja.»

Tambien recordarán nuestros lectores el famoso regalo que hace dos años hizo otro americano, que habia hecho su fortuna en Inglaterra, á los necesitados de Lóndres: primero quince millones y luego otros diez para construir casas donde pudieran los pobres alojarse; y recordará tambien la carta autógrafa que le escribió la reina Victoria, publicada por toda la prensa, dándole las gracias por su desprendimiento y como señal pública de aprecio, puesto que rehusó el título de nobleza y las condecoraciones que se le ofrecieron en premio de su noble desprendimiento.

Todo esto vale la pena, y sin embargo, en este certámen de sacar á luz grandes fortunas, otro periódico francés, *El International*, dice últimamente lo que sigue:

«Dentro de diez años, Alejandro Stewart y Benjamin Astor, serán pobres de solemnidad en comparación del joven heredero del marqués de Westminster, de Lóndres.

Lord Belgrave, que así se llama el susodicho heredero, es aun menor de edad; pero cuando llegue á mayor, será indudablemente el hombre mas rico del mundo.

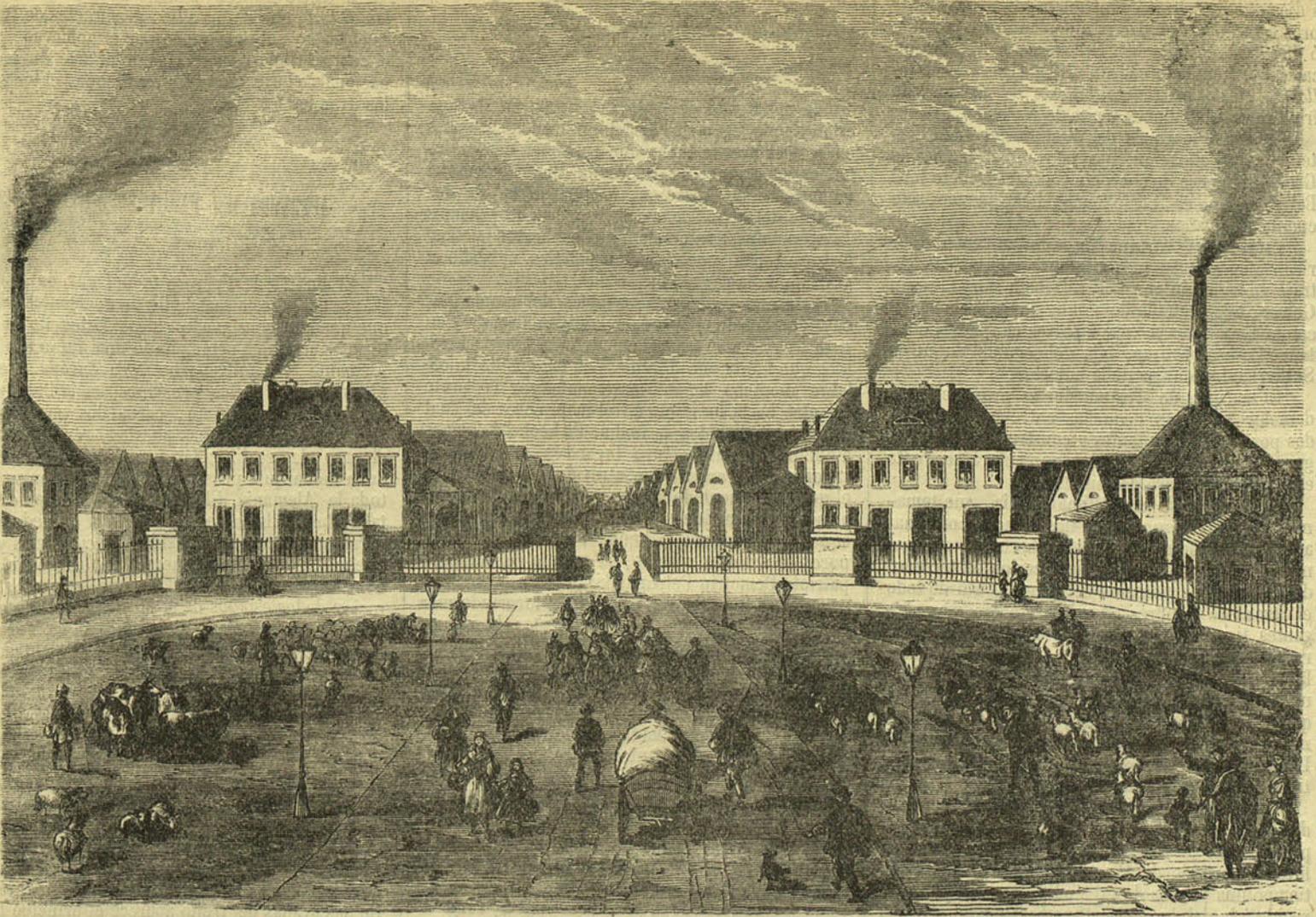
Segun el *Cosmopolitan*, cuando el barrio elegante y aristocrático de Lóndres, conocido por el nombre de Belgrave, no era mas que un prado en que pastaban los carneros, el primer marqués de Westminster cedió diversos lotes de terrenos por noventa y nueve años. Sabido es que las inmensas propiedades del marqués, como las de otros muchos nobles, no pueden enagenarse á perpetuidad; son feudos que pueden venderse á particulares, pero precisamente con cláusula de reversion en favor del antiguo propietario, despues de transcurridos los noventa y nueve años de posesion.

Cuando lord Belgrave llegue á la mayoría de edad, los diferentes contratos habrán espirado, es decir, que la mayor parte del *West End* de Lóndres, antes compuesto de simples campos, y en la actualidad cubierto en su mayor parte de espléndidos edificios, volverá á la familia de los Westminster. Esto les dará un beneficio neto anual de 400 millones de reales.

La renta de la casa es ya considerable, pero solo asciende a unos 5,000 duros diarios; de aquí



Episodio de la batalla de Rodja en Candia.



El nuevo matadero de Paris.



El sueño del pastor, copia de Loutherbourg.

á diez años se elevará probablemente á 20,000 libras esterlinas, es decir, á dos millones por día ó 730 millones anuales. Esta renta representa un capital... (¡cuidado con un vértigo!) de nueve trillones, ciento veinticinco billones de francos, la friolera de 36 trillones y pico de reales.

El actual marqués de Westminster tiene setenta y dos años; su hijo mayor, el conde de Grosvenor cerca de cuarenta y siete; su nieto lord Belgrave, que es, como hemos dicho menor, solo cuenta trece años.

Esta colosal fortuna ha sido aumentada por ricas alianzas. El marqués de Westminster contrajo matrimonio con lady Elizabeth Mary Leveson Gower, hija segunda del duque de Sutherland. El conde Grosvenor se casó á su vez con lady Constance Leveson Grover, hija del segundo duque de Sutherland y sobrina de la anterior.

El marqués de Westminster se propone hacer demoler las casas pequeñas entre las construidas por sus terratenientes y construir en su lugar grandiosos edificios, lo que aumentará su renta en un gran número de millones.»

Con motivo de esta última noticia, que tomamos de *El International*, nos ocurre consignar aquí que el duque de Northumberland, que por una razón semejante de antigua cesion de terreno, debía entrar en posesion del dominio útil de todo el *Strand* de Londres, donde están las mas elegantes tiendas de la capital, tuvo el magnífico rasgo de prorogar por otros noventa y nueve años la concesion hecha por su bisabuelo, sin cobrar un solo céntimo de los riquísimos propietarios á quienes habian pertenecido, y hoy siguen perteneciendo las soberbias casas del mejor barrio de Londres. Estos rasgos justifican el inmenso prestigio de que goza la aristocracia inglesa.

Como se ve, los 81 millones y medio del *ten-derillo* Stewart, son bien mezquina cosa en comparacion de la vertiginosa fortuna que espera al futuro marqués de Westminster, si no da á su tiempo una prueba de espléndida generosidad parecida á la del duque Northumberland.

Como muestra del contraste de las grandezas y las pequeñeces humanas, terminaremos este artículo diciendo que el duque de Northumberland, capaz de aquel noble rasgo de desprendimiento, está muy ufano y satisfecho por el raro privilegio heráldico de que goza. El leon que constituye sus armas, es el único que en el reino unido tiene y puede tener la cola tiesa y en sentido vertical. El enorme leon de piedra que corona su palacio de *Trafalgar-Square*, tiene una cola de hierro de quince pies, con su correspondiente mechon de pelos á la punta, que desde abajo parece una lanza que le sale de las posaderas.

Cualquiera de nuestros lectores cedería probablemente este precioso derecho por tres ó cuatro pesetas, sin pretender igualarse á aquel famoso rey que cedió su corona por un plato de lentejas.

B.

Hombres y niños.

Casi todos los niños
Que están durmiendo
Parece que se rien
Allá entre sueños.
Pero se observa
Que casi todos lloran
Cuando despiertan.

Sueño las ilusiones
Son en la vida,
Y mientras las tenemos
Tenemos risa.
¡Pero al perderlas,
Lloramos como niños
Que se despiertan!

Constantino Gil.

GUERRA DE CANDÍA.

Episodio de la batalla de Rodjá.

Ya nos hemos ocupado del heroismo de que están dando ejemplo los desgraciados cretenses en la desesperada lucha que sostienen contra las tropas otomanas, al referir la destruccion del monasterio de Arcadion, página digna de los tiempos del paso de las Termópilas. Hoy hemos de volver nuestros ojos á aquellos bravos isleños, de cuya lucha reproduce un patético episodio el grabado de la página 44.

La escena representa las faldas del monte Ida, cuya cumbre domina toda la antigua Creta, y en cuya fragorosa espesura cuenta la mitología helénica que fué criado Júpiter. Las laderas de la célebre montaña bajan suavemente por la parte oriental hasta hundirse en el mar, cerca del cual está situada la aldea de Rodjá. El hecho de armas á que nos referimos tuvo lugar en este sitio. El vapor griego *Panhellenion*, atrevido corsario que es el que ha alimentado la insurreccion candiota con armas y municiones, habia desembarcado en aquellas playas una columna compuesta de unos pocos voluntarios griegos, al mando del valiente patriota Demetrio Petropulakis, á quien se unieron algunos montañeses cretenses, formando una partida de trecientos ó cuatrocientos hombres. Su objeto era unirse á los cuerpos que maniobraban en aquella comarca montañosa, teniendo en jaque á los batallones turcos; pero antes que pudiesen verificar la reunion se vieron atacados por una gruesa columna turca, formada por cuatro mil soldados de infantería regular é irregular, doscientos caballos y una batería de tres cañones. Cinco horas resistieron en Rodjá los voluntarios los repetidos ataques de estas formidables fuerzas, y siéndoles imposible mantener por mas tiempo la posicion, viéronse cortados entre el mar y el enemigo sin esperanza de salvacion. Pero el vapor *Panhellenion*, el buque de la Providencia, como le llaman los griegos, apareció en el horizonte como una última y atrevida esperanza. Los gefes de los voluntarios fueron reunidos en consejo por el bravo Petropulakis entre las ruinas de Rodjá, incendiada por los turcos, y resolvieron tentar aquel supremo recurso. De la aldea á la orilla del mar hay dos kilómetros; pero la disposicion del terreno en rápido descenso dificultaba la retirada, puesto que dueños los turcos de las alturas podian atacar impunemente á los fugitivos. Mas no habia otro medio, y los griegos estaban animados del valor de la desesperacion. La diezmada partida de los voluntarios comenzó la retirada, conduciendo delante todos sus heridos, y haciendo frente, al paso que iba retrocediendo, á los compactos batallones del enemigo. De este modo consiguieron llegar sin grandes pérdidas á la orilla, donde las barcas de los pescadores recogieron á aquel puñado de héroes. El grabado que representa este incidente de la guerra de Candía, espresa bien el entusiasmo y el patriótico furor de aquellos voluntarios guerreros, obligados á ceder ante fuerzas incontrastables, y animados en su atrevida empresa por la fé religiosa de la que es ministro el *pope* (sacerdote griego) que alienta á los fugitivos mostrándoles el sagrado emblema de la cruz y el camino de la humana salvacion, en el buque de la Providencia.

MONUMENTOS DE PARIS.

En el presente número de EL PANORAMA damos á conocer dos monumentos de esa moderna Babilonia en la que está flja la atencion de toda Europa. Templo el uno de los mas puros goces intelectuales, y el otro consagrado á las mas vulgares y groseras necesidades de la vida material, prueban que todo está previsto y á todo satisface la gran Paris.

El matadero, construido últimamente fuera de la poblacion, es un grandioso conjunto de edificaciones que responden perfectamente á su objeto, y donde son cómodamente inmolados bajo la inspeccion de la autoridad las millares de reses que dan abasto al consumo diario del gargantua parisien. Es otra de las obras debidas al celo del emperador Napoleon III por el bienestar material de la gran ciudad.

El teatro francés, situado en la plaza del *Palais Royal*, uno de los sitios preferentes de Paris, es el teatro subvencionado por el gobierno, y en el cual se rinde esmerado culto al arte dramático nacional, conservando las tradiciones clásicas de los grandes maestros.

APERTURA DEL PARLAMENTO ALEMÁN.

El día 24 de Febrero tuvo lugar en la Sala Blanca del palacio real de Berlin un acontecimiento que quedará consignado en los fastos de la historia, pues es el principio de una nueva era para Alemania, y tambien para toda Europa. Los rápidos triunfos de los prusianos, en la breve campaña del verano último, coronados por la gran victoria de Sadowa, han puesto al rey Guillermo en el caso de realizar las seculares aspiraciones de la monarquía prusiana, absorbiendo en su seno toda la Alemania. El triunfo en el campo de batalla y la espulsion del Austria de la Confederacion germánica, puso á los Estados secundarios y pequeños de Alemania á merced del vencedor, y el hábil conde de Bismarck organizó una «Confederacion de los estados de la Alemania del Norte» en la cual tiene completo predominio el gobierno de Berlin. La confederacion ha de ser representada por un Parlamento, y esta Asamblea es la que se reunia el día 24 de Febrero para oír de labios de su gefe y árbitro, el Monarca prusiano, el discurso de apertura, en el cual se consigna la union alemana, dando el primer paso hácia ese imperio germánico que sin duda no tardará mucho en ser proclamado.

En el grabado que hoy publicamos, relativo á este acontecimiento, se vé al rey Guillermo, con el uniforme militar que representa sus conquistas, dirigiéndose á los representantes alemanes con una decision y arrogancia propias de su carácter. En las gradas del trono aparece el príncipe heredero y gran número de gefes militares, que dan á la reunion un carácter poco propio de una asamblea legislativa. En el grupo de la izquierda, donde figuran los ministros, se vé al conde de Bismarck, con uniforme de coronel de la *landwehr* ó reserva. El trono y dosel son muy modestos, y en general el palacio real de Berlin dista mucho de la magnificencia que se ostenta en las Tullerías ó en el grandioso alcázar de nuestros reyes.

ILUSION.

(Traduccion de Goethe.)

Los pliegues de la cortina
Se han movido en su balcon:
Quiere saber mi vecina
¡Curiosidad femenina!
Si estoy en mi habitacion.

Quiere averiguar sin duda
Si todavía ceñuda
Dice mi frente celosa,
Lo que altiva ó vergonzosa
Le calló mi lengua muda.

Mas tales de mi vecina
No los pensamiento son,
Pues el aura peregrina
Es quien juega en el balcon
Con mi amor y su cortina.

Teodoro Llorente.

LA CORONA FUNEBRE.

Por D. Félix Pizcueta.

IV.

Media hora trascurió en medio de un religioso silencio solamente interrumpido por los sollozos de la madre y del hijo.

Un rumor sordo al principio, pero que fué haciéndose cada vez intenso hasta confundirse en una inmensa grita, vino á distraerles de sus dolorosos al par que sublimes pensamientos.

Eduardo se desprendió de los brazos de la enferma y aplicó el oído al tabique que lindaba con el teatro.

—¿Oyes, madre mía? preguntó sin poder apenas articular una palabra.

—Sí, ya oigo, contestó aquella levantando lentamente la cabeza de la almohada.

—Me parece que aplauden frenéticamente; distinguo con claridad en medio de la confusion los gritos de entusiasmo.

—Es verdad, yo tambien los distinguo.

—La orquesta empieza á tocar, se habrá terminado el primer acto.

—Sí, la orquesta toca; replicó la madre haciéndose eco de las palabras de Eduardo.

—Los aplausos continúan, repuso este.

—Sí, continúan....

—Calla, por Dios. Oigo un grito, cien gritos, mil gritos que piden con aplauso al autor.

—¡A tí!

—Sí, madre mía, exclamó el infeliz poeta irguiéndose con orgullo; sí, á mí, porque yo soy ese autor á quien llaman, á quien aplauden, á quien aplauden, á quien desean conocer, á quien anhelan tributar una prueba solemne de su admiración. ¡Oh! ¡la gloria! ¡la gloria! y yo que me creía curado para siempre de esta enfermedad! ¡yo que la despreciaba hace un momento!... ¡Vana quimera! Hay siempre en el corazón de los jóvenes alguna fibra secreta, que no puede menos de estremecerse al impulso de esa idea.

Y el infeliz Eduardo llorando de desesperacion dejó caer de nuevo la cabeza sobre el lecho de su madre.

De pronto se oyeron pasos y voces en la escalera que conducía á aquel cuarto.

Cuatro ó cinco golpes dados con fuerza á la puerta estremecieron todas las paredes.

Eduardo saltó violentamente de la silla.

La madre se incorporó sobre la cama con una firmeza de que se la hubiera creído incapáz.

—Abrid, abrid, gritaron de fuera multitud de voces.

—¿Quién sois? preguntó Eduardo, saliendo de la alcoba, despues de haber corrido la cortina para ocultar el lecho de su madre.

—Abrid, no temáis, somos amigos, amigos de Eduardo, que desean verle, que desean hablarle.

Eduardo corrió el cerrojo de la puerta. Cuatro ó cinco jóvenes decentemente vestidos se precipitaron de pronto en la habitacion.

—Es preciso que te vengas con nosotros, exclamó uno de ellos cogiendo á Eduardo del brazo, el público está entusiasmado, frenético.

—Está pidiendo con desaforados gritos al autor; añadió otro de los recién llegados.

—Los hombres permanecen de pié golpeando el suelo con los bastones, repuso un tercero.

—Las mugeres agitan con calor sus pañuelos y sus abanicos.

Eduardo permanecía impasible.

—¿No lo oyes? El público está entusiasmado con tu obra y te llama con atronadores gritos á la escena; ven, corramos.

—Corramos, repitieron todos rodeando á Eduardo y empujándole hacia la puerta.

El joven, sin embargo, permanecía estático y con los enrojecidos ojos clavados en la alcoba de su madre.

—No puedo, murmuró con voz apenas inteligible.

—¿Y porqué no puedes? exclamaron llenos de asombro todos los que le rodeaban.

—¿Por qué no puedo?

—Sí, ¿porqué?

Eduardo estendió su temblorosa mano hacia la alcoba.

Las miradas de los circunstantes siguieron al punto aquella direccion.

—No puedo, porque ahí, detrás de esa cortina, al incierto resplandor de esa luz que parece salir

de una lámpara mortuoria, está espirando mi madre.

—¡Su madre! exclamaron llenos de dolorosa sorpresa los reciénvenidos.

Hubo un instante de silencio.

Todo el mundo tenia fijos sus ojos en aquella cortina, detrás de la cual se representaba en aquel momento ese drama terrible por lo misterioso y que se llama: *La entrada en la eternidad*.

Aquella cortina, sin embargo, se descorrió como agitada por una mano invisible.

Los jóvenes retrocedieron asombrados.

Una muger, ó mas bien una sombra de muger, se presentó á sus ojos envuelta en una oscura bata de indiana.

Era la madre de Eduardo.

Este lanzó un grito de terror que al instante fué repetido por todos sus compañeros.

—Hijo mio, exclamó aquella muger avanzando lentamente hacia Eduardo, he querido probar á estos señores que mi situacion no es tan desesperada como tú la has supuesto. Siento tan notable alivio en mi enfermedad, que casi me creo completamente restablecida. Ya lo ves: mi respiracion es tranquila, mis piernas no flaquean, mi voz no es temblorosa como antes; ve, Eduardo, acompaña á esos caballeros, satisface los deseos del público, goza de un instante de alegría y fortifica tu espíritu para que pueda sostener esta lucha, si acaso se prolonga.

Eduardo dudaba aun; sus ojos se dirijian llenos de ansiedad hacia su madre.

—Vete, le gritaba ésta señalando la escalera con su descarnada mano.

—Vente, le decian los amigos intentando arrastrarle consigo.

«Vente,» parecian decirle tambien los gritos de la multitud que llenaba el teatro y los sonidos de la orquesta que llegaban hasta él clara y distintamente.

La tentacion fué superior á la fuerza de su voluntad; cojió precipitadamente su sombrero, besó la frente de su madre, sin reparar que esta frente estaba helada como el mármol, y se precipitó en la escalera seguido de sus amigos que bajaron como baja al precipicio una masa de hielo desprendida del pico de una montaña.

V.

No hay palabras con qué espresar el entusiasmo del público cuando Eduardo se presentó en escena.

Al aspecto de aquel poeta tan joven, tan hermoso, y cuya dolorosa historia era ya conocida de todo el mundo, el entusiasmo se convirtió en delirio.

Cuantas veces salía al palco escénico, arrastrado por los actores, otras tantas el tablado se cubria literalmente de versos y ramilletes.

Hubo un momento en que el desgraciado poeta se creyó victima de una fascinacion horrible.

El tercer acto habia terminado, y Eduardo, á instancias del público, se presentó de nuevo en la escena.

Un clamor inmenso, producido por las frenéticas aclamaciones de todos los concurrentes, fué el saludo con que recibió la multitud al inspirado autor del drama que acababa de representarse.

Algunos objetos de valor cayeron á la escena mezclados con las flores que se le arrojaban de todas partes.

Una hermosa corona de laurel, en cuyas cintas se leía el nombre del poeta, cayó tambien á sus pies, donde permaneció por espacio de algunos minutos.

Nuestro joven no tenia fuerza ni voluntad quizá, para recogerla.

Lo que le pasaba era tan extraordinario, tan imprevisto: sobrepujaba de tal manera á todas sus esperanzas, que se sentia anonadado bajo el peso de tantas ovaciones.

Quiso dirigir una mirada al público y su turbacion aumentó visiblemente.

Como á través de una nube, vió delante de sí una multitud de cabezas, que se movian y agitaban en distintas direcciones, y cuyos ojos estaban clavados en su persona.

Entonces se sintió como impulsado por un vértigo horrible.

Parecióle que el teatro entero giraba rápidamente en torno suyo y que el público seguia aquel movimiento de rotacion con el solo objeto de estraviar sus sentidos.

Quiso huir y sus pies permanecieron clavados en el suelo.

Hizo esfuerzos extraordinarios para gritar y no le fué posible arrancar del fondo de su pecho un solo gemido.

Sus fuerzas se agotaron y su cabeza cayó pesadamente sobre los hombros.

Habia llegado á ese término de la felicidad, que por ser un extremo de la cadena de los sentimientos, casi se confunde con el dolor.

VI.

Cuando volvió de su desmayo hallóse en uno de los cuartos de los actores, rodeado de una multitud de personas, la mayor parte de las cuales le eran completamente desconocidas.

Multitud de flores inundaban el pobre lecho sobre que se hallaba tendido.

La corona de laurel en cuyas cintas estaba impreso su nombre, se hallaba sobre la almohada al mismo lado de su cabeza.

Eduardo miró todos estos objetos con esa vaguedad propia de los que despiertan súbitamente de un sueño penoso.

Un reloj de pared, que habia en el cuarto, dió lentamente doce campanadas.

—¡Dios mio! gritó Eduardo saltando con precipitacion de la cama, es ya media noche, mi madre está sola hace muchas horas y en ese tiempo Dios sabe lo que le habrá podido suceder.

—No temas, observó uno de sus amigos, tu madre ha quedado tranquila, á estas horas estará sufriendo, es cierto; pero solo por la impaciencia de verte y abrazarte.

—No, no, replicó el joven poeta preparándose á salir; la tranquilidad que mi madre ha demostrado antes no me satisface por completo; seguidme si quereis, solo despues de haberla apretado contra mi corazón, de haberle contado con todos sus detalles mi triunfo de esta noche, podré saborear con mas delicia mi felicidad; seguidme.

—Vamos, pues, exclamaron á una voz todos los amigos, cojiendo la corona y los demás objetos que el público habia arrojado á Eduardo y de los que éste se olvidaba completamente para pensar solo en su madre.

Al pasar por la puerta de contaduría, oyó que el representante de la empresa gritaba con tono alegre y satisfecho:

—Es un chico de mucho talento ese poeta; su drama se representará con igual éxito que esta noche, cuarenta noches seguidas, y nuestras arcas se repondrán, con los ingresos que proporcione, de los anteriores descalabros.

Eduardo pasó precipitadamente sin fijarse en estas palabras y dos minutos despues abria lleno de ansiedad la puerta de su pobre habitacion.

VII.

El quinqué se habia apagado y las mas profundas tinieblas envolvian el interior de aquel miserabile recinto.

Reinaba en él un silencio que tenia algo de lúgubre.

Los amigos de Eduardo se habian detenido á la puerta sobrecogidos de temor.

Oyóse dentro un estrepitoso ruido, como el que produce un mueble pesado al caer violentamente sobre el suelo, y á seguida la voz de Eduardo que llamaba con desesperado acento á su madre.

Aquella voz resonó de un modo fatídico por todo el cuarto, pero nadie, sin embargo, contestó á ella.

Solo se oyeron los inciertos pasos del joven poeta al avanzar lentamente hacia la alcoba.

Los amigos, reunidos junto á la puerta se estrechaban unos contra otros esperando el desenlace de aquella escena, que un secreto presentimiento les anunciaba como muy espantoso.

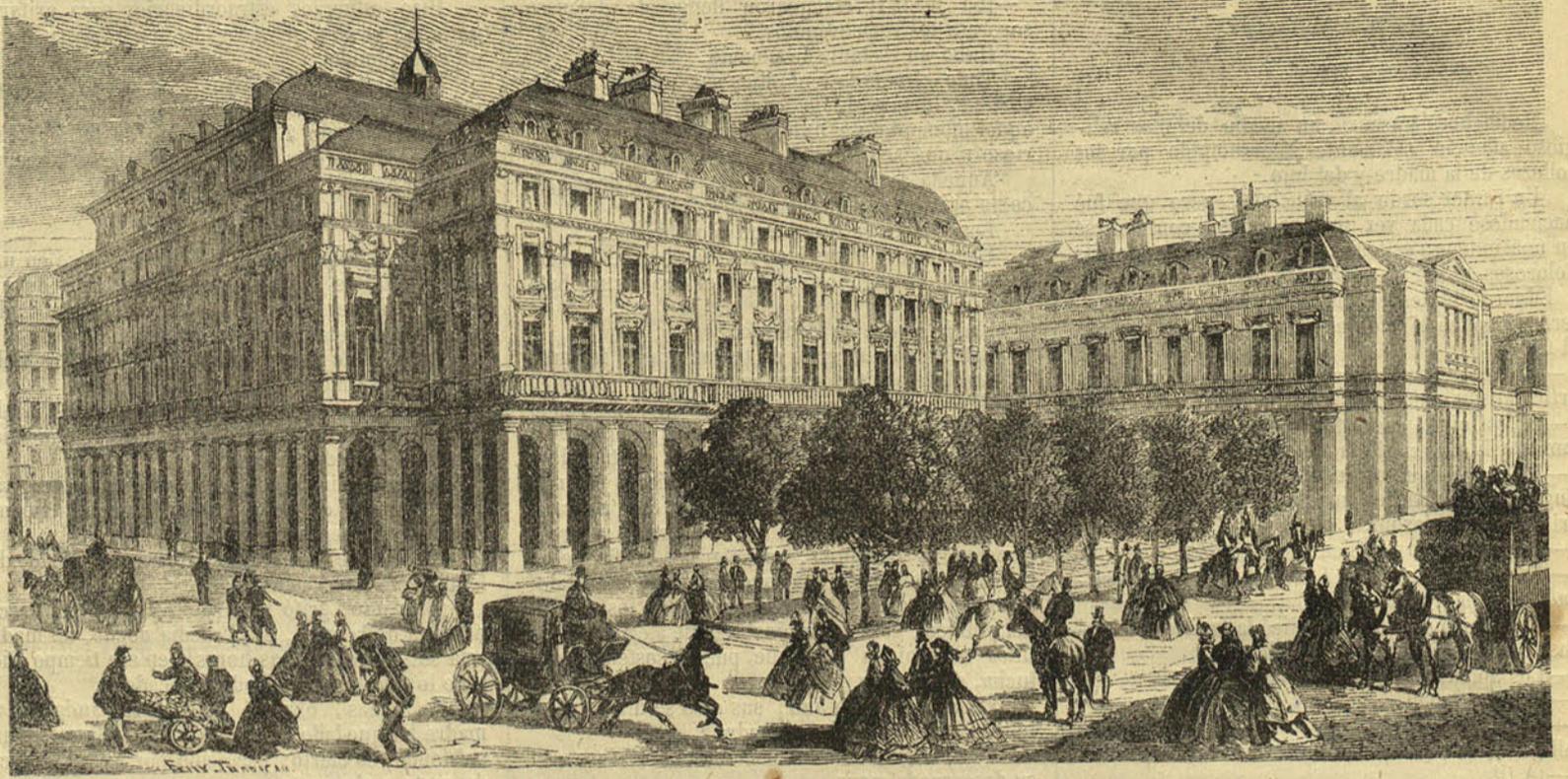
Un grito ronco, estridente, casi salvaje, que lanzó el desgraciado Eduardo, acabó de confirmarles en esta sospecha.

—Encendamos luz, gritaron dos ó tres jóvenes á un mismo tiempo, mientras sus manos temblorosas por el terror no acertaban á frotar en la pared las cerillas que llevaban dispuestas de antemano.

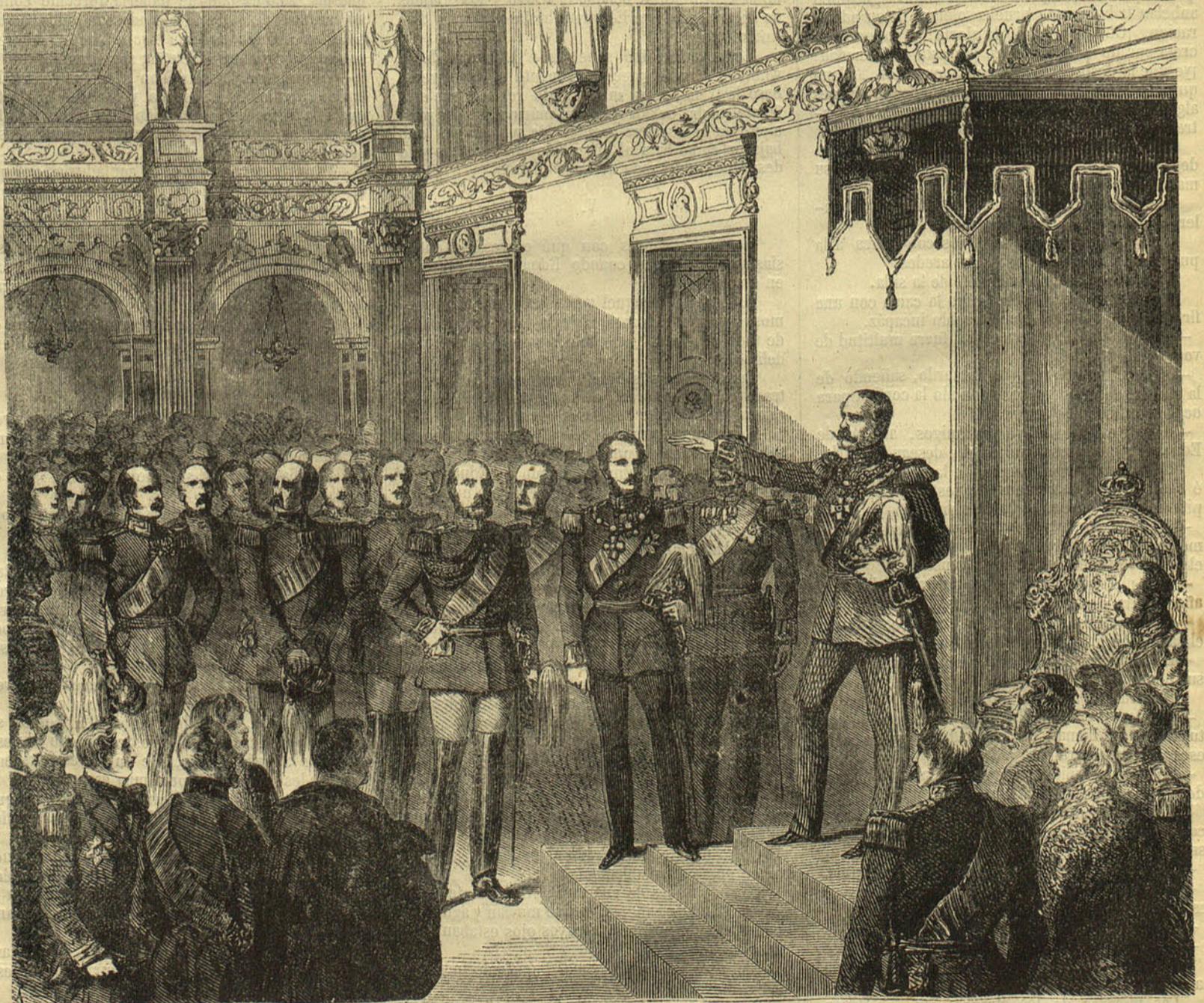
Una luz disipó, por fin, aquellas tinieblas, ofreciéndose á la vista de los concurrentes un espectáculo desgarrador.

En medio de la habitacion habia una mesa derribada en el suelo, con todos los libros y papeles que contenia.

(Se concluirá).



Plaza de Palais Royal; el Teatro Francés. (Paris)



El rey Guillermo de Prusia abriendo las sesiones del Parlamento alemán.

Valencia: Imprenta de José Domench, Avellanas, 27.